

del siglo I d. C. y otro tanto, y por las mismas razones, puede decirse de Almenara. Puig de Cebolla debía existir, y en este caso tal parece seguirse de sus mosaicos, a mediados del siglo II d. C., quizás antes. Por el contrario, aunque se haya hecho, me parece muy dudoso que sea válida la cronología inicial de Liedena, mosaicos del peristilo o patio porticado, en el siglo II d. C. Estos dos casos me parecen claros pero en otros donde la revisión de los materiales cerámicos señala día a día fechas más antiguas, hay que plantearse decididamente si aquel tipo de poblamiento romano merecía o no el nombre de villa. Sino se cae en el uso habitual en prospecciones de hablar de *villae* en el caso de yacimientos que no se prestan a otras interpretaciones.

El libro constituye un buen estudio y, en este caso, se contradice el refrán puesto que «la buena» es la segunda.—ALBERTO BALIL.

PREVOSTI, Marta, *Cronología i poblament a l'área rural de Baetulo*. Badalona, 1981, 4.º, 306 pp., XV láms. 1 mapa.

Con este volumen y otro anunciado se completa el estudio topográfico del poblamiento antiguo en la comarca del Maresme. Ello ha significado el reconocimiento *in situ*, la prospección cerámica y el estudio de pequeños museos y colecciones particulares poco asequibles correspondientes a trescientos cincuenta yacimientos concentrados en un territorio no demasiado extenso pero de especial fragmentación en su uso actual y régimen de propiedad.

La autora centra en el uso del término *villa* un concepto muy parecido al del acordado en la Conferencia de Londres, que no parece conocer. No ha alcanzado a utilizar el libro de Gorges. Tampoco ha conocido el de McKay, poco útil aunque ambicioso de título, y concede un peso, a mi juicio excesivo al de Percival, que prefiero no calificar. Dada la importancia del cultivo de la vida en este terreno habría sido interesante un ensayo sobre las distintas opiniones que, desde el estudio cuantitativo de Duncan-Jones, se han sucedido en los últimos años referentes al «viñedo» de Columela.

Tengo mis reservas sobre hasta qué extremo se pueden aducir los resultados de Rivet, ciertamente válidos para Britania, en un área de tan distintas bases climatológicas como el Maresme.

La reducción de materiales cerámicos pertenecientes al Bajo Imperio quizás no indique el abandono, como se muestra acertadamente, pero estas condiciones parecen semejantes a las reconocidas en «Torre Llauder» o en Pacs.

El material cerámico, junto a los pocos restos arquitectónicos, son los temas preferentes de estudio y éste es adecuado. Las láminas muestran en algunos casos una reducción excesiva y sería preferible tuvieran una referencia al texto. El sello de tégula de lám. VI corresponde a la conocida *gens* Domitia propietaria de múltiples alfarerías en Roma y en la zona de Vía Prenestina. Esta importación de materiales de construcción se hallaba ya documentada en Tarragona y es un indicio más del número de naves que para no retornar totalmente en lastre aceptaban cargazonas de este tipo. Debido al hallazgo de una pieza semejante en Gabii me inclino a excluir que lám. XII, 26 sea un molde.

El fragmento de relieve de lám. XV, 1, con oferente, es netamente neoático pero no me atrevería a precisar si puede considerarse propio del «Renacimiento» adrianeo.

Las conclusiones comprenden los resultados de los dos *territoria*, Baetulo e Iluro. El cuadro no es «revolucionario» pero confirma cuantitativamente, la muestra cerámica del conjunto de yacimientos es suficientemente amplia, muchos aspectos que se habían quedado, hasta ahora, en suposiciones o, las más de las veces, opiniones. Es esta cuan-

tificación el aspecto más importante y más positivo de este meritorio trabajo, que no puede separarse del volumen dedicado a Iluro, y que supera en precisión algún sonado ensayo precedente aplicado a otras regiones peninsulares.—ALBERTO BALIL.

DOMINGUEZ RODRIGUEZ, Ana, *Arte en el Lapidario*, Edilán, Madrid, 1982, páginas 201-294, del segundo volumen de la edición facsimil de *El primer Lapidario de Alfonso X el Sabio*. Folio mayor.

La editorial Edilán viene desarrollando la tarea de publicar, a todo color y en su tamaño, memorables manuscritos miniados de nuestro arte, por lo que merece las mayores alabanzas. El texto por un lado, y la miniatura por otro, gozan de estudios incorporados a la edición. Ana Domínguez, especialista de nuestra miniatura medieval, ha acometido el de las de este preciado manuscrito escurialense.

Como su nombre indica, el códice está consagrado al conocimiento de las «piedras», vastísimo repertorio que a su valor material hay que añadir significado «hermético». Nos hallamos en presencia de una obra del más alto valor científico. El rey Sabio manda traducir del árabe este tratado, cuyo contenido es astrológico, bien entendido que en la época esta disciplina llevaba incorporada la astronomía. Venía a ser la puesta al día de la ciencia clásica resurgida en el marco del pensamiento cristiano y que ofrece en la Italia del bajo Medievo ejemplos conspicuos.

El hombre vive con la mirada puesta en el cielo. Allí, en las estrellas, se hallan las virtudes, los prototipos de todas las acciones. Cada piedra corresponde a una estrella, bajo cuya influencia se encuentra. En esencia es una teoría neoplatónica.

El valor de este códice escurialense radica en dos hechos: la divulgación en lengua castellana del texto y la creación de unas imágenes que hacen del todo comprensible el mismo. La figura, mejor que nunca, es el exponente de la idea.

En la introducción se ofrecen dos miniaturas, a manera de retratos. En una Ana Domínguez ve la presencia del supuesto autor del texto, que sería Aristóteles, en actitud de enseñar a otros sabios que escuchan. En la otra miniatura se observa al propio Rey, que recibe el libro de los dos traductores. De esta manera queda patente el empeño científico del monarca, pese a que la representación se efectúa con gran modestia.

Como es usual en otros textos miniados, hay dos grupos de ilustraciones: las que se refieren al propio texto y las meramente ornamentales. El artista ha gozado de un margen de libertad, como contrapeso al trabajo sometido a unas exigencias. De ahí esas «marginalia», decoraciones que prolongan más allá de la caja escrita sus valores decorativos. Que no es despreciable esta miniatura, lo dice el que se encuentran detalles de una fértil imaginación y de un estilo exquisito, como para pensar —como la autora indica— en caprichos surrealistas de Dalí.

La descripción de las constelaciones se acompaña de las miniaturas, en que se aprecia un muestrario riquísimo de formas naturalistas y de esquemas geométricos, de la disposición del mundo estelar. Si el cielo es realmente la mansión de Dios, las estrellas resultan más comprensibles si cada agrupación se acopla a una figuración naturalista.

La imagen animada que los hombres de la época poseían del cielo, contrasta con la fría, puramente científica, que tenemos hoy. Las constelaciones septentrionales, las meridionales y los signos del Zodíaco están representados mediante bellas figuras. Las «ruedas» suponen una conjunción de lo estético y lo docético, pues la belleza formal se pone al servicio fundamental de mostrar la doctrina. Los doce signos del Zodíaco llevan ruedas al final de cada capítulo.

Gracias a las figuras poseemos una cómoda lectura del cielo. La memoria se siente